

De tres en tres

La delgada línea roja

‘El material humano’, del escritor Rodrigo Rey Rosa, es la última evidencia de que en Guatemala la ficción es más sensata que la realidad

Enrique Benítez

► En mayo, Anagrama ha puesto en circulación dos apasionantes libros originados en Guatemala, el país centroamericano cuya realidad cotidiana está marcada por la violencia y la impunidad. Se trata de ‘El material humano’, novela del atractivo Rodrigo Rey Rosa, y de ‘El arte del asesinato político’, de Francisco Goldman, crónica novelada del asesinato del obispo Gerardi, ocurrido en 1998, y su posterior investigación.

Guatemala es noticia en estos días por el ‘caso Rosenberg’. “Buenas tardes. Mi nombre es Rodrigo Rosenberg Marzano, y lamentablemente, si usted está en este momento oyendo o viendo este mensaje, es porque fui asesinado”. No estamos hablando de ficción, sino de una noticia que ha dado la vuelta al mundo y que tiene contra las cuerdas al gobierno del socialdemócrata Álvaro Colom.

Guerra civil. Situémonos. Guatemala ha vivido una guerra civil no declarada que ha durado más de veinticinco años. Todo empieza en 1954, cuando Jacobo Arbenz es derrocado en golpe de estado financiado por la CIA tras expropiar grandes extensiones de tierra a la United Fruit Company para ponerlas a disposición de los campesinos. En 1960 estalla la guerra civil larvada. La guerrilla de izquierdas, urbana y burguesa, es fácilmente desmontada. Entonces se trasladan al medio rural, donde la miseria y la pobreza constituye el mejor caldo de cultivo de la rebelión. El ejército de Guatemala, uno de los más brutales y corruptos del mundo, aplica una estrategia basada en Vietnam: “quitar el agua al pez”. Y comienza una etapa de masacres y exterminios de la población indígena que se cierra con el balance de 260.000 muertos y más de un millón de desplazados, en un país de 10 millones de habitantes.

En 1986 se firman los tratados de paz. En los años 90, la Iglesia católica, de la mano del obispo Gerardi, organiza la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, auspiciada por la ONU y más tarde por los Estados Unidos (ya con Bill Clinton en el poder). En 1998, se presenta el informe de conclusiones, que revela que el ejército fue el responsable del 95% de los asesinatos cometidos durante la guerra, y que apenas el 3% de las muertes puede achacarse a la guerrilla. Pocos días después, el obispo Gerardi es asesinado en su residencia: es el tercer obispo católico asesinado en América latina en trescientos años, el segundo desde la muerte de Monseñor Romero en San Salvador en 1980.

“Aunque no lo parezca, aunque no quiera parecerlo, ésta es una obra de ficción”. Rodrigo Rey Rosa escribe esto en el prefacio de su novela, una obra que sigue a ‘Piedras encantadas’ (2001)



Manifestación contra el presidente de Guatemala tras la muerte de Rodrigo Rosenberg. REUTERS

‘El arte del asesinato político: ¿Quién mató al obispo?’

■ FRANCISCO GOLDMAN



■ Editorial. Anagrama. Precio. 23€.

‘El material humano’

■ RODRIGO REY ROSA



■ Editorial. Anagrama. Precio. 16€.

‘¿Saber quién puso fuego ahí?’

■ MÁXIMO CAJAL



■ Editorial. Siddharth Mehta. Precio. 15€.

y a ‘Caballeriza’ (2006), otras dos novelas que podrían ser realidad o ficción, editadas en España por Seix Barral.

La historia de la novela es ambigua. Un escritor ocioso, mientras prepara su nueva obra, decide aprovechar una oportunidad para investigar y elaborar un ensayo inquietante. Puede acceder a ‘El Archivo’, el registro –esto es real– de las fichas que sustentaron la represión institucional en Guatemala, y su idea es tratar de establecer una aproximación a los intelectuales y artistas que participaron en la persecución física y política en su país durante el siglo XX, tanto como víctimas como en su papel de delatores o colaboradores del gobierno.

Pero la transparencia es más bien ficticia –esto es también real–, su trabajo empieza a resultar molesto, las trabas burocráticas pronto empiezan a convertirse en amenazas reales, y la cosa tiende a complicarse.

La trama de ficción, enzarzada a

“GUATEMALA ha vivido una guerra civil no declarada que ha durado más de veinticinco años. Todo empieza en 1954, cuando Jacobo Arbenz es derrocado en golpe de estado financiado por la CIA”

través del interés –en la novela– del investigador, un álter ego del propio Rey Rosa, por un personaje de ficción –Benedicto Tun, organizador y creador del archivo, pese a su castrante origen maya– deviene en un repaso a la historia contemporánea real de Guatemala, confluendo la trama de ficción con hechos reales como el asesinato de tres miembros salvadoreños del Parlamento Centroamericano a tiros en su coche, y el posterior exterminio, incluso en sus celdas, de todos los detenidos relacionados con el caso.

La novela de Rey Rosa navega con éxito en la delgada línea roja que separa la realidad de la ficción, utilizando recursos de ambos territorios para construir un interesante reflejo de la vida cotidiana en un país al que la violencia institucional y la impunidad establecida colocan en el terreno de la pesadilla. “Fusílenlo, más tarde se averiguará”. No es un relato del gran Tito Monte-

roso, sino el lema del dictador Ubico, uno más de los personajes reales que contribuyeron a convertir a Guatemala en un territorio cercano a la ficción.

El obispo Gerardi. Asesinado en 1998 por su apoyo incondicional a los trabajos de restauración de los derechos humanos en Guatemala y a la recuperación de la memoria histórica, la muerte del obispo Gerardi conmovió los cimientos de un país acostumbrado a la violencia de Estado, a los crímenes sin respuesta, al exilio forzoso de sus mejores hombres y mujeres en busca de una supervivencia difícil cuando no imposible.

Francisco Goldman, guatemalteco de nacimiento pero americano de adopción, cubre durante varios años los avances en el esclarecimiento de este asesinato, primero casi por su cuenta, y más tarde para *The New Yorker*. Su trabajo es periodístico pero se lee como una novela negra, negrísima, que contribuye con su claridad expositiva y excelente documentación a la comprensión del entramado que ha secuestrado la legalidad en un país para poner todos los recursos del Estado al servicio de la corrupción, el robo, la delincuencia y la primacía absoluta de los intereses de un puñado de oligarcas y militares sobre una sociedad entera y sobre cualquier atisbo de civilización.

A veces prolijo, minucioso, contundente, el libro de Goldman enlaza con la tercera lectura recomendada en esta crónica triste de Guatemala: ‘Saber quién puso fuego ahí’, el vómito literario de quien fuese embajador de España en Guatemala en 1980, Máximo Cajal, cuando la legación española fue tomada pacíficamente por un grupo de campesinos del Quiché, y asaltada sin miramientos por el ejército, que empleó unos sofisticados lanzallamas de origen israelí con el objetivo nunca confesado de incinerar a todo ser vivo allí presente: campesinos, funcionarios y diplomáticos, sin preguntas, hasta el punto de que sólo dos personas salieron de allí vivas: el propio embajador –que tuvo que abandonar el país escondido en el maletero de un coche, porque le buscaban para rematar la faena– y un pobre campesino que esa misma noche fue secuestrado en el hospital donde se intentaba recuperar de las quemaduras para ser asesinado en un arcén próximo a la Universidad de San Carlos.

El ‘caso Rosenberg’ está relacionado con un presunto blanqueo de dinero a gran escala a través de Banrural, la principal entidad financiera del país. Goldman recuerda en su libro que altos mandos del ejército estuvieron implicados en la quiebra fraudulenta del BCCI (Bank of Credit and Commerce International), que llegó a tener varias sucursales en España. Se queda uno sin palabras. Sin argumentos, sin aire, sin esperanza.

En el año 2000 estuve trabajando en la República Dominicana. Asistí a una conferencia de un profesor de la Universidad de San Carlos. Nos fuimos luego a tomar algo. Me dijo que había promociones enteras de la facultad de Derecho sin orla porque todos sus componentes habían sido asesinados antes de terminar sus estudios. Me habló de las noches en que había tenido que vestirse a toda prisa para identificar el cadáver de un compañero, de un alumno, de un amigo. Nos llamamos. He olvidado su nombre. ✱